

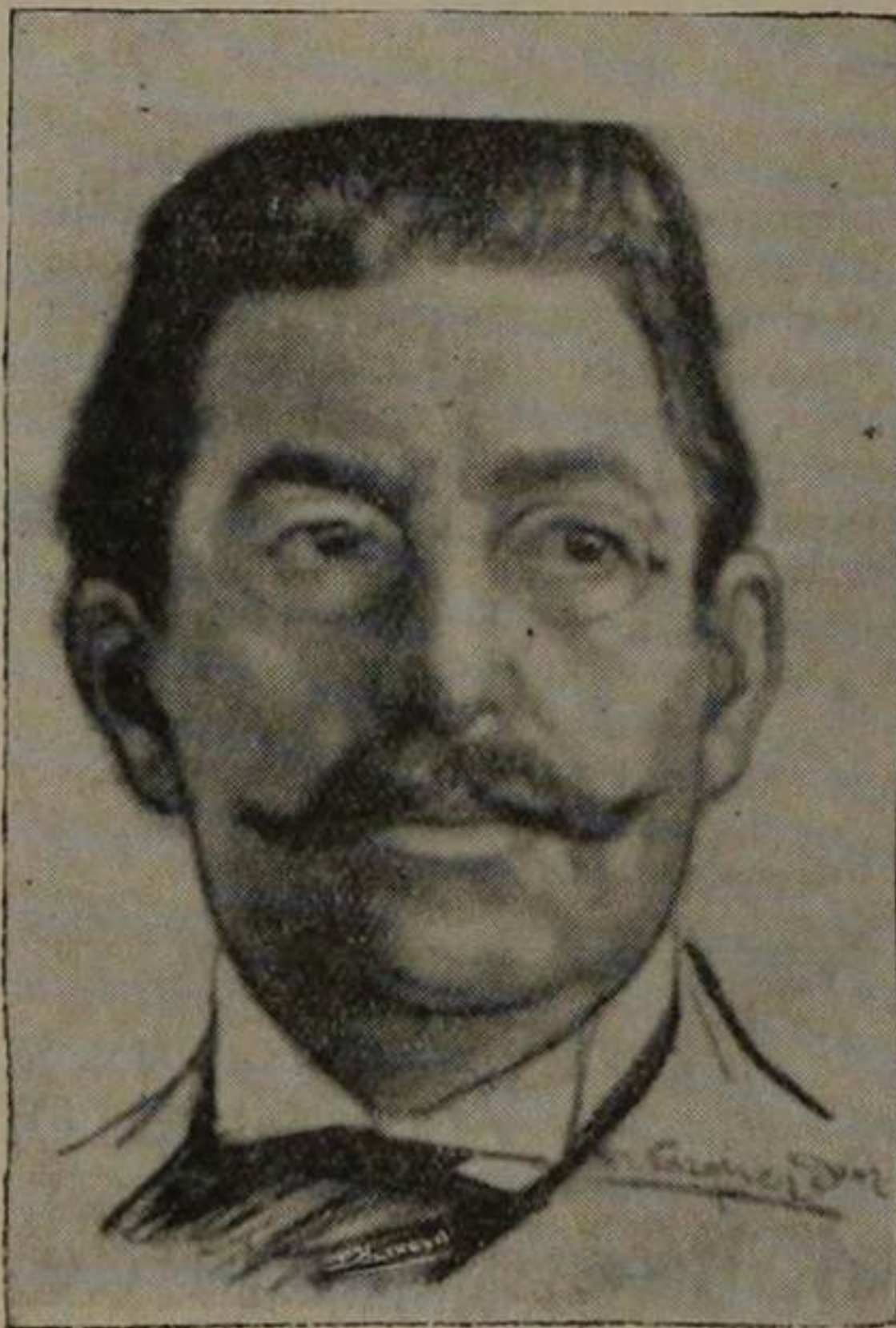
# Rodó y el sentido clásico de su obra

EL tema de *Ariel* no es ni local ni nacional, es universal y tiene este interés para los lectores: que aparte de la pureza del lenguaje se ocupa de dos grandes corrientes de ideas, a fin de descubrir cuál debiera ser el concepto de la vida en nuestra actual civilización.

En la mente del autor parece haber dos ideas fundamentales en lo que concierne a la palabra «civilización», una concepción de la cual Grecia fué el más alto exponente, y otra que la raza anglosajona ha puesto en práctica. Él discurre sobre ambos puntos de vista como lo haría un notable maestro ante sus discípulos favoritos, posiblemente en una época, en que, debido a su avanzada edad, él contempla dejarles lo que solemos nombrar su testamento literario. Como es costumbre entre estudiantes, le han dado un apodo al venerable maestro, y en el opúsculo lleva el nombre de Próspero, en memoria del sabio que tan felizmente describe Shakespeare en *La Tempestad*. Así como él es este bien amado profesor universitario; puede prevenir desastres, y debido al mágico andar de sus pensamientos, despierta visiones en las mentes de sus oyentes. Sobre la cátedra de la cual habla, hay una estatuita bronceada de *Ariel*, que viene a constituir un apreciable símbolo de la elevación de sus ideales. De este encantador espíritu del aire toma su nombre el celebrado ensayo. Le recuerda a uno los diálogos platónicos, pero se acerca aún más a los *Dialogues Philosophiques* de Ernesto Renán, quien renovó para la literatura europea, esa sapiencia helénica que consiste en dudar de todo con gracejo y nobleza. Así fueron puestas en tela de juicio muchas de las llamadas certidumbres de la vida. Si este modo de pensar no conduce, como parecería inducirse, al escepticismo, con toda seguridad vuelve imposible el fanatismo, y eso a buen seguro, es un mérito poco común en esta clase de escritos.

Muchos de los diálogos de Renán y otros de sus escritos estudian el antagonismo entre el idealismo social y el materialismo, personificados para él en *Ariel* y *Calibán*. Este era uno de sus asuntos favoritos y naturalmente pasó a serlo en su lejano discípulo, quien ha sido en todo momento un asiduo lector de sus libros. También ha sido desarrollada esta idea con mucha perspicacia por Alfred Fouillé, en su libro sobre *El derecho en Inglaterra, Francia y Alemania*.

Cualquiera puede ver la crítica moral, científica o histórica que se haga sobre el atrayente filósofo bretón; sobre un punto no habrá diferencia de opiniones: su estilo, maravilloso en su sencillez, divinamente hermoso en su armonía. ¡Quién no recuerda para siempre, una vez oídas sus líneas evocando a través de las brumas impenetrables



JOSÉ ENRIQUE RODÓ

(Retrato, por VÁZQUEZ DÍAZ).

del morir, a su hermana Enriqueta, nacida desde ese momento a la más encantadora inmortalidad poética!

No siempre podemos armonizar por entero con las ideas de Rodó sobre la civilización utilitaria de los Estados Unidos, como acaso nos opongamos a algunas de sus otras vistas, pero no podremos dejar de admirar su riquísimo léxico y las ondulaciones de sus párrafos. Rodó domina a su estilo, porque tiene un imperio absoluto sobre sus ideas. Dice lo que ha menester en el menor número de palabras posibles, pero en las más escogidas, armoniosas y artísticas que puede espigar en el idioma altisonante de Castilla, la altiva. La lengua de Calderón en sus manos, toma la brevedad del francés, su claridad y su musical dulcedumbre. Al leerle se experimenta ese nostálgico sentir que Goethe ha expresado tan musicalmente en su poema lírico sobre *Kinkelhahn bei Ilmenau*:

Sobre todas las cimas hay reposo,  
en todas las cumbres se siente  
apenas un aliento;  
los pajarillos enmudecen en el bosque,  
espera aún, pronto descansarás tú también.

Su estilo respira la calma experimentada en las alturas, en medio de árboles gigantes, sobre la ribera de un lago tranquilo.

A semejanza de lo que ocurre en los escritos de sus maestros, Platón, Goethe, Renán, Taine, Guyau y Emerson, abundan en los ensayos del erudito escritor alusiones felices

a los viejos mitos, parábolas de los Evangelios, cuentos inmortales vueltos a ser contados de la manera exquisita que lo hace Gualterio Pater en *Mario el epicúreo*. Con el andar del tiempo Rodó naturalmente ocupará en la literatura hispánica el sitio ocupado por Pater, en las letras inglesas. Pertenece él a esa familia de escritores artistas que han fundido en una sola manifestación un alto propósito moral y un pristino amor de lo bello.

*Ariel* hizo su aparición en 1900, en una época de poca brillantez para las letras castellanas: los viejos maestros habían muerto, o estaban por morir. En la América latina predominaba la influencia del naturalismo; las generaciones aun vivían en el encantamiento producido por Zola y su escuela. En filosofía, reinaba el materialismo.

*Ariel* vino a ser como el estandarte de una reacción que comenzaba a sentirse en el mundo de las ideas.

Su éxito fué instantáneo en América y en España. Todos los grandes escritores españoles le saludaron como una obra maestra, cual una joya de forma y fondo. El librito, pues poco nutridas eran sus páginas, fué preferido desde un principio por su elocuencia tranquila, su serenidad sostenida, su dialéctica sutil y la incomparable cualidad de su estilo. El argumento no podía ser más noble ni más atrayente; buscaba enfrentar las deletéreas influencias del utilitarismo y ciertos quicios culturales que tienden a hacer del hombre una personalidad equilibrada. La comunidad de Atenas presentóse ciertamente a Rodó como el ejemplo más ilustre para la clase de desarrollo que el pensador-artista deseaba ser seguido por la juventud del nuevo continente. Muy pocos autores, al tratar este hermoso tema, han ido más allá de las imágenes, en figuras poéticas y en nobles sentires.

Este ensayo fué seguido por dos otros sobre Rubén Darío, el más grande poeta modernista del habla castellana. No es tan feliz en pensamiento o forma como *Ariel*, que desde un principio fué reconocido como algo excepcional por los escritores continentales y también, cosa muy rara de lograr, por los más notables literatos españoles, tales como Valera y Leopoldo Alas.

En 1907 aparecieron una serie de artículos sobre el *Liberalismo y el radicalismo*, muy íntimamente asociados con las actividades políticas de nuestro autor. Un Gobierno ultraliberal había dispuesto se despojara las oficinas públicas y los hospitales del Estado del crucifijo, símbolo augusto de la redención por el amor. Esta odiosa medida, que hacía desaparecer una de las más hermosas tradiciones de la colonia, fué viva-

(Pasa a la página 319).